

Violencia y relación pedagógica

*

Clara Inés Ríos A.

"No nos hemos preocupado por formar líderes sino que hemos formado seguidores."

Héctor Abad Gómez

Sigmund Freud, en su texto de 1915 "De Guerra y de Muerte", nos dice que: "[...] Lo imperativo del mandamiento 'No matarás' nos da certeza de que somos del linaje de una serie interminable de generaciones de asesinos que llevan en la sangre el gusto de matar(...) si se nos juzga por nuestras nociones inconscientes de deseo, somos, [...] una gavilla de asesinos." A modo de ilustración, en el mismo texto, señala un lapsus que tuvo un hombre frente a su esposa: "Si uno de los dos muere, me mudo a París."

* Profesora de la Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia

** Freud, Sigmund. De Guerra y de Muerte. *Temas de Actualidad*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1979. Tomo XIV p. 297-298

Muchas de las cosmovisiones humanas ratifican este postulado al colocar en el origen de la humanidad, el asesinato como fundante del orden cultural. Así por ejemplo, la religión cristiana en el Génesis afirma que Caín mató a Abel por la envidia ante el amor de Dios; entre los griegos el dios Cronos devora a sus hijos para impedir que alguno de ellos lo destrone. Poseidón, hijo de Cronos, quien se salvó de ser devorado por su padre, después de destronarlo en alianza con sus hermanos Zeus y Plutón, mata a su vez a sus hijos, pues no soporta que deseen a su propia madre. Igualmente, en el mito del padre terrible, relatado por Freud en *Tótem y Tabú* para explicar el origen de la humanidad, el padre es asesinado y devorado por sus hijos.

La afirmación de que en cada hombre hay un asesino potencial, fue formulada por Freud al comprender que el lugar ocupado por el hombre en el planeta tierra, se lo debe no sólo a su capacidad para el Eros, es decir, para la vida, el amor, la creación, la reproducción; sino también a su capacidad para el Thánatos, para la muerte, la destrucción, el homicidio, el suicidio, el genocidio, la agresión. Demostró entonces que la agresividad es constituyente de lo humano, que es connatural al hombre y se proyecta de múltiples formas bien sea contra algo del exterior o contra sí mismo, lo cual para lo social, indudablemente tiene consecuencias. Agresividad y agresión son conceptos que tienen connotaciones diferentes, pues mientras la primera remite a la intención y está vehiculizada en la palabra, la segunda es del orden del acto que renunciando a la mediación de la palabra, genera violencia.

Aquello que movió al hombre a darle existencia al maestro y a la pedagogía como práctica y discurso, es lo que lo ha movido a la conquista del espacio, a la creación de la música y del arte en general, al mundo de la cibernética, de la microbiología, de la física cuántica: el motor impulsor es su deseo de saber. Pero el hombre, no puede saber sin olvidar, no puede crear sin destruir. El Eros va unido al Thánatos irremediablemente en el incesante movimiento que impulsa al hombre a la creación. La creación a su vez, está motivada por un vacío igualmente connatural al hombre; falta en ser es llamado este vacío, este incesante siempre desear algo más, este ininterrumpido volver a empezar que demuestra que el hombre está sostenido en la ilusión.

Si el hombre destruye para construir, en una forma incesante, es porque su deseo es indestructible, por lo cual es llamado por el psicoanálisis sujeto deseante. El hombre crea obras y teorías efímeras gracias a su deseo eterno e insaciable; su fin último es desear algo más con la ilusión de saberlo y de tenerlo todo, anhelo

ilusorio porque el saber absoluto como fin conquistado no puede ser otra cosa que muerte en tanto goce. El Génesis nuevamente, nos ratifica esta afirmación: "Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de el comiereis, ciertamente morirás."

Por fortuna Eva tomó del fruto del árbol y con el fin de alcanzar la sabiduría comió y le dio a Adán y por ello merecieron esta vida que tenemos no sólo llena de higos y de cardos, sino también sin ninguna posibilidad de vivirla eternamente, pues Jehová Dios custodió el árbol de la vida para que el hombre no se hiciera también inmortal. Gracias a Eva, el hombre pudo salir de aquel estado de goce donde nada deseaba porque nada faltaba, accedió a la carencia y por tanto al placer.

Placer-goce, son estados de satisfacción afines a Eros-Thánatos y como estas dos pulsiones constitutivas de lo humano, son indisociables aunque haya predominio de uno de ellos. El saber absoluto, por fortuna inalcanzable, está ubicado del lado del goce, ya que no deja posibilidad de creación al ser humano, pues allí donde nada falta, no hay deseo. El placer en cambio, está ubicado del lado del Eros y consiste en la satisfacción propiciada por la obtención de lo deseado para después de alcanzado desear algo más. Decimos entonces que mientras el goce taponara el deseo, el placer le pone límite al goce.

Si retomamos la idea según la cual el hombre no puede crear sin destruir, entonces, todo aquello que se ubica como colmando ilusoriamente el deseo, demuestra que hay algo de la pulsión de muerte que contribuye al avance cultural toda vez que se erige desde lo originariamente destructor para encontrar un fin diferente a la violencia, diferente a la destrucción por la destrucción misma.

La creación cultural demuestra que parte de la pulsión de muerte es puesta al servicio de la vida de tal forma que la cultura resulta tanto de una dimensión erótica como de una dimensión thanática. La creación, en cualquiera de sus formas, se convierte en aquello que hace posible que la agresividad humana se ponga al servicio de la vida mediante la ilusión de alcanzar un ideal de cultura, el cual aparece como único para el sujeto que va en pos de él.

* *Génesis*, cap. 2 17-18

A nivel individual encontramos todo tipo de empresas altruistas, investigativas, artísticas, que se ubican en momentos de la vida de cada sujeto como aquello que él cree que le falta para ser feliz, aunque en realidad lo que sucede es que se presentifica cotidianamente la falta constitucional de lo humano.

Pero la pulsión de muerte, contrario a lo que sucede en el acto creador, puede volcarse sobre el sujeto, e impulsarle a tomar la vía del goce, esto es, a obtener placer de su propio dolor, posicionamiento que en vez de generar momentos de felicidad que trasciendan a lo social, generan desgaste subjetivo que puede llegar a expresarse en el suicidio como su forma máxima. Esto lo consigue el sujeto "[...] reduciéndose él mismo a esa cosa que se trata como objeto, a ese esclavo que se transmite y se comparte." Indudablemente en este caso, se trata de optar por la vía de la degradación en vez de hacerlo por la vía de la creación que detiene y desvía en el sujeto la pulsión de muerte que lo constituye y que puede llegar a destruirlo, opción que naturalmente es inconsciente.

En la creación entonces, más allá del Eros, actúa el Thánatos como fuente impulsora; su función es permitir una forma vital de asumir la pulsión de muerte generando de paso el avance cultural en vez de propiciar la autodestrucción o lo que llamaremos el tercer destino de la pulsión agresiva: la violencia, cuya máxima expresión es el homicidio.

Por ser la agresividad inherente a lo humano, la agresión y por tanto la violencia, son siempre potenciales. De hecho, no se encuentra sobre la faz de la tierra, una sociedad donde lo violento no se presente. Sin embargo, la situación que se vive actualmente en Colombia es particularmente alarmante pues ha llegado hasta el extremo de modificar nuestra actitud hacia la vida y hacia la muerte, actitud que hoy oscila entre el horror y la indiferencia y no falta quien piense que podemos llegar hasta el extremo de la costumbre.

En Colombia, la violencia pasó del acto aislado al fenómeno de masa, y esta generalización motiva un por qué y la construcción de hipótesis que intentan responderlo. "En este país no hay ley" es una expresión que el saber popular alcanza a articular como respuesta.

* Lacan, Jacques. *La Ética*. Editorial Paidós. Barcelona. 1981. p. 288.

El primer factor generador de violencia es la naturaleza pulsional estructural humana, pues la agresividad en circunstancias particulares se muda en violencia. Estas circunstancias tienen que ver con el deterioro de las formas de asumir la representación de la ley por parte de aquellas personas a quienes corresponde jugar este papel de gran trascendencia social. En efecto, si la pulsión agresiva de los individuos que conforman un grupo social no se muda en agresión es porque, de un lado, el sujeto está dotado de un superyo, instancia psíquica que en forma de sentimiento de culpa, reprime el deseo de destruir al otro, y de otro lado porque en el exterior y con las variantes que implica cada organización social, hay legislaciones, instancias, jueces, personas a quienes recurrir para pedir mediación en un conflicto o ante quienes rendir justificación por nuestros actos y recibir castigo si fuese legalmente necesario, quienes por su papel de representantes de la ley, tienen el deber de actuar como terceros.

Si este orden exterior se quebranta, y la ley es violada incluso por los legisladores; si las garantías sociales empiezan a ser utopías y empieza a ganar el más fuerte aplicando la justicia privada, no queda más alternativa que concluir que en este país no hay ley. Los individuos, sin referentes frente a lo justo, lo honrado, lo legal, lo lícito, encuentran el terreno abonado para manifestar su agresividad cuya represión interna había encontrado cierta garantía de permanencia en la solidez de la exigencia exterior.

Claro está que la disposición para la violencia depende de las estructuras psíquicas individuales; pero ante circunstancias exteriores propicias, cada vez un mayor número de personas dará rienda suelta a su agresividad, deteriorando con ello la posibilidad de convivencia social.

A este respecto Freud nos dice: Tampoco puede asombrar que el aflojamiento de las relaciones éticas entre los individuos rectores de la humanidad haya repercutido en la eticidad de los individuos, pues nuestra conciencia moral no es ese juez insobornable!...] toda vez que la comunidad suprime el reproche, cesa también la sofocación de los malos apetitos y los hombres cometen actos de crueldad, de perfidia, de traición y de rudeza que se habían creído incompatibles con su nivel cultural.

* Freud, Sigmund. De Guerra y de Muerte. *Temas de Actualidad*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979. Tomo XIV, p. 282

En el caso de nuestro país, los jóvenes no sólo se enfrentan en el exterior con referentes ambiguos que contribuyen al desmoronamiento de sus principios éticos, sino que a nivel laboral y educativo difícilmente encuentran un lugar que les sirva de asidero y los impulse a la creación, pues en el caso específico de la educación la baja retención escolar, el concepto de autoridad y de saber que se maneja, deja anualmente a miles de jóvenes cesantes e indefensos frente a la realidad caótica que los circunda.

Tratemos de vincular con la pedagogía, más específicamente, las reflexiones hasta ahora presentadas. La pedagogía, esa actividad eminentemente social, se relaciona con la formación del hombre y con el proceso mediante el cual se pretenden alcanzarlos ideales humanos entroncados en los ideales de cultura, y participa por tanto, en la calidad de vida que una sociedad construya. Por ser el maestro el agente vehiculizador de esta función social, será refiriéndonos a él como intentaremos vincular la pedagogía y la violencia.

Tradicionalmente el maestro ha creído que él es el profesor de un grupo, al cual debe transmitir su saber, haciendo uso de un método. Analicemos por partes, esta concepción.

Indiscutiblemente, hay una gran diferencia entre ser el profesor de los estudiantes de un grupo y ser el profesor de un grupo. La primera expresión, ser el profesor de los estudiantes de un grupo, permite pensar a un profesor frente a un grupo de sujetos deseantes, fruto de una historia personal que los hace ser diferentes, lo cual le permite reconocer que el deseo de cada uno tiene no solamente una forma diferente de pretender ilusoriamente alcanzar el objeto del deseo, sino también, y por tanto, un objeto diferente. El deseo es ese más allá de la necesidad que no se satisface con cosas; gracias a él el hombre alcanza la gloria, el poder, la meta, en síntesis, el reconocimiento; encuentra también y por antítesis, el fracaso, el vértigo, la caída. Bajo el título de "Los que fracasan al triunfar", Freud trabajó este interesante tema mostrando que efectivamente la ambivalencia pulsional Eros-Thánatos, está siempre presente en todo humano y que es posible que el Thánatos predomine. Portante, hemos de concluir que el objeto del deseo está asociado tanto al placer como al goce y que la labor del maestro debe tener por meta intentar vincular el deseo al placer restándole con ello posibilidad al goce.

Ubicarse como maestro frente a un grupo de sujetos, implica entonces reconocer que cada uno de ellos es producto de su historia, y que sus palabras afectarán a cada uno de forma diferente, de manera que asumir una posición frente

a cada uno, es ser uno más con su historia, en una relación de sujetos diferentes, donde el profesor irremediamente actuará respetando esa diferencia. Irremediamente porque, como postura de vida, como asunto de principios, determinará la calidad de sus relaciones con los otros sin que sea absolutamente necesario que intervenga el propósito.

Será entonces lo irremediable del acto pedagógico lo que forma; es decir, el acto de palabra; pues es necesario recalcarlo, la principal herramienta del maestro, la palabra, es un acto porque transforma, porque perdura, porque afecta, porque produce un efecto de metamorfosis que diferencia el antes y el después del sujeto que es afectado. Así como un crimen no deja al sujeto agresor en la misma posición pues mínimamente su ser varía ya que después del crimen él es un asesino, tampoco será el mismo un sujeto escolar después de recibir del profesor una palabra que lo afirme en su deseo en tanto satisfaga su demanda. Y es que si bien toda demanda es una demanda de reconocimiento, no podemos olvidar que se puede pedir reconocimiento desde un posicionamiento thanático. En fin, digamos, ubicándonos del lado del Eros, que no será el mismo, un sujeto escolar después de encontrar una pasión por un objeto de conocimiento, una vez que haya recibido como respuesta de su profesor la posibilidad de asumir la responsabilidad de sus actos. Se trata entonces de que el profesor sea capaz de responsabilizarse de sus actos, como condición para que pueda entregar a cada uno de los estudiantes la libertad de responder por los suyos, dentro de los límites que marca el respeto por la diferencia, y a la vez, de que sea capaz de reconocer su propio deseo, para que así propicie en cada uno la posibilidad de comprometerse con la búsqueda de un ideal.

Sólo en estas condiciones será posible permitir que sea la historia individual y las circunstancias las que determinen la búsqueda y la autoconstrucción del estudiante y de esa forma, sólo él será el responsable de su tiempo, de su aprendizaje, en suma, de su vida; el profesor desde su posición podrá fomentar el compromiso del estudiante consigo mismo, pero no hasta el abandono, quiere esto decir, no hasta el extremo de que el maestro olvide que él representa la ley para esas personas, y que entre ellos y él hay una relación pedagógica donde él es el profesor de cada uno. A este respecto, dice Freud: El niño debe aprender el gobierno sobre lo pulsional. Es imposible darle la libertad de seguir todos sus impulsos sin limitación alguna[...] la educación tiene que inhibir, prohibir, sofocar, [...] la educación tiene que buscar su senda entre la Escila de la permisión y la Caribdis de la denegación [frustración]!... será preciso descubrir para la educación un optimum en que consiga lo más posible y perjudique lo menos. Por eso se tratará de decidir cuánto se puede prohibir, en qué épocas y con qué medios. Y además de esto, es preciso

tener en cuenta que los objetos del influjo pedagógico traen consigo muy diversas disposiciones constitucionales, de suerte que un procedimiento idéntico del pedagogo no puede resultar benéfico para todos los niños.

En síntesis, se trata de ser capaz de tener presente la constitución particular de cada estudiante y de brindarle cierto nivel de afecto y permisividad y al mismo tiempo de autoridad y represión sobre sus impulsos.

Ser profesor es complicado como todo lo que tiene que ver con el ser y con las relaciones intersubjetivas. De todas formas, la expresión "es mi profesor" tiene impensables significaciones, por ejemplo: él es el amo que yo necesito, el más sabio, el padre que quisiera tener, el verdugo que me hace gozar, aquél en quien puedo volcar compasión, el ser que quisiera ser... inevitable pluralidad transferencial, pero menos caótica en cuanto más consciente sea el profesor de que:

1. No debe dar siempre lo que le demandan aunque pueda.
2. El da siempre y solamente lo que tiene.

Para no dar lo que le demandan tiene que vivir en la pregunta del qué desea el otro; pero sólo puede hacerlo si mira a los estudiantes como sujetos y no como masa. El qué desea, puede tener tantas respuestas como el ser del profesor. Puede desear ser el sometido y en esa medida se ubica cómodamente en la poltrona desde la cual no se toman decisiones sino que se obedece; puede desear ser el castigado, el maltratado, el malquerido. En estos casos el profesor puede dar lo que le demandan, pero no debe porque si lo hace promueve el goce mortífero que se opone a la vida y a la creación, reforzando con ello una tendencia masoquista. Pero este no deber, no se aprende como norma sino que está incorporado o no a la vivencia personal. No deber significa no poder porque sus propias convicciones se lo impiden. Este es el sentido en el cual debe entenderse que el maestro da siempre y solamente lo que tiene y lo hace irremediabilmente.

En esta perspectiva, se puede pensar el hecho de representar la ley por oposición a serla. Toda representación remite a la ausencia material que hace presencia simbólica. Por ello, representar la ley es actuar en nombre de ella; es

* Freud, Sigmund. 34a. Conferencia. "Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones". Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979. Tomo XXII p. 138

ubicarse en el lugar del tercero mediador, el regulador, que reitera con su ser, el respeto a la diferencia en tanto reconoce y acepta la suya con respecto a los otros, y por ende, en este caso, con respecto al estudiante, y lo transmite con su posicionamiento más que con su discurso consciente. Representar la ley, es decir, ubicarse en el lugar del tercero regulador, es sembrar una esperanza en cada uno. También podría decirse que es abrir algunas puertas, las puertas de la construcción de sí mismo, de la convivencia y ante todo una muy importante para el asunto que nos ocupa: la del desamparo en el sentido sartriano: saberse único responsable de sus propios actos, es decir, responder en primera persona como único agente y promotor de lo que le pasa, y por tanto, capaz de ocupar el lugar del tercero. Aquí podemos ubicar el concepto de autonomía en el sentido que Constance Kamí le da al término: "Ser capaz de pensar por sí mismo con sentido crítico, teniendo en cuenta muchos puntos de vista, tanto en el ámbito moral como en el intelectual." Aquí podemos ubicar también la creación como una alternativa pedagógica, pues ser capaz de generar condiciones para que los estudiantes encuentren un ideal, su ideal, no el del maestro, es abrir espacio para que los niños y los jóvenes pongan la pulsión de muerte al servicio de su vida y por tanto de la vida social y cultural.

Pero estas condiciones no dependen de la buena voluntad sino del reflejo que pueda brindar el maestro desde su propia búsqueda. De esto se desprende una definición de maestro que para el abordaje de esta exposición es necesaria: Un maestro es el que enseña, pero un buen maestro es el que ama lo que sabe y pretende contagiarlo, y lo sabe porque sigue amando eso que sigue sabiendo como un ideal posible de alcanzar.

La segunda expresión, ser el profesor del grupo, habla de la masa receptora, una masa uniforme que recibe de un maestro. Se toma en esta parte demasiado en serio aquello de que el conjunto es una reunión de elementos, y se olvida que en este caso no se trata de elementos sino de sujetos. Esta expresión, no sólo dice lo que es un grupo para un profesor, un conjunto receptor, sino lo que es el profesor para sí mismo y lo que irremediamente proyecta para el grupo. El es para él, quien por derecho propio impone las reglas del juego y al hacerlo, le anula al otro

* Kamí, Constance. *La Autonomía como Finalidad de la Educación*. Publicación de Seduca. p. 2

su posibilidad de decidir, de crear, de criticar; él es la ley, en lugar de representarla y por serlo, se establece una relación entre dos: el grupo que obedece, y él, que manda y toma para sí todo el derecho y la responsabilidad de decidir por los estudiantes en cosas pequeñas pero trascendentales para ellos, ante todo si se trata de niños o adolescentes.

Esta actitud que algunas veces se presenta como autoritaria y otras como una forma obsesiva de cumplir el deber, refuerza la intemalización de la obediencia como regla máxima y hace que el estudiante al considerar como su mayor deber cumplir órdenes, se someta a éstas independientemente de su contenido. El proceso de reforzamiento heterónomo, se realiza mediante actitudes aparentemente inofensivas que asume el profesor, la mayoría de las veces en razón del cumplimiento de su deber, haciéndose él mismo responsable de asuntos por los cuales cada miembro del grupo debería responder. Ser la ley, entonces, es ubicarse en una oposición entre dos donde el profesor es el único que tiene la palabra —seguramente en sus relaciones interpersonales, el que acepta y necesita ser mandado también— ya que es importante esta aclaración: la autoridad se ejerce de acuerdo a como se soporta; en todo caso, el que niega la diferencia, se impone por la fuerza y genera la transgresión, pues en su afán de ser obedecido no se percata de que muchas veces sus reglas son tan limitantes o tan insensatas que no queda otro camino que violarlas, o que la falta de soporte lógico de las mismas, es aprovechada por sujetos con posiciones masoquistas, como magnífica oportunidad para recibir el castigo que desean. El es pues, irremediamente, quien da lo que le demandan sin darse cuenta, quien cierra las puertas del desamparo, quien promueve la heteronomía y abona sin saberlo un cultivo de sumisión, de timidez y de miedo, donde el estudiante está listo para obedecer al más fuerte que se perfila ante él como siendo la ley, porque para ser sicario o esclavo, hay que saber y querer obedecer.

Indiscutiblemente, la violencia se nutre también de obediencia. Dolorosamente hemos de admitir que la escuela ha puesto su granito de arena, no porque sea la única responsable de la situación actual del país, sino que su aporte viene más bien de la inocencia y de la incomprensión de la naturaleza humana, es decir, del desconocimiento de la dinámica pulsional que rige la vida humana individual y social.

Ni la escuela ni la familia pudieron prever que su forma de ejercer la autoridad, no solamente formaba un ejército de subalternos obedientes, una masa de subalternos y desempleados resignados, sino que estos jóvenes carecían de las

armas espirituales necesarias para negarse a obedecer cuando de transgredir el máximo mandamiento que posibilita lo social se tratara: no matarás, menos por un poco de dinero y menos aún a riesgo de tu propia vida. El panorama se torna más grave si se considera que En Colombia, en promedio, de 1000 niños que podrían iniciarse en el sistema educativo, sólo ingresan 850. De ellos 565 salen de él en algún nivel de primaria y sólo quedan estudiando 285. Únicamente 43 terminan el bachillerato[...] a la universidad solamente pasan 11. Concluyen la carrera profesional entre 1 y 2.

Estos alarmantes datos nos permiten concluir que la violencia se nutre no solamente de miedo, de obediencia, de inseguridad, de falta de ideales y de patrones de identificación que vinculen al ciudadano con la ley, sino también de circunstancias sociales que dejan a gran parte de la población sin alternativas frente a la vida, porque les cierra el camino para construir y hacer realidad sus ideales.

Pero sigamos pensando exclusivamente en el maestro y permitamos que estos datos nos sirvan de aclaración en el sentido de que el maestro puede hacer mucho, pero no tiene la solución en sus manos.

Un maestro puede fertilizar un cultivo de seguidores quienes se lanzan a la vida con el riesgo de encontrar la ley en cualquier parte; pues ¿de cuál principio interno asirse, si la ley para ellos siempre ha estado afuera? Para el seguidor el lugar de la ley es un vacío que como todo vacío necesita ser llenado, en este caso siempre por alguien que necesite ser obedecido, con lo cual se conforma la pareja perfecta pues, con toda seguridad, encontrará quien lo domine, demostrándose así que un sujeto siempre encuentra lo que busca. En este sentido puede afirmarse que el maestro siempre abona; abona la muerte y abona la vida. Abonará más la vida si es más consciente de que su palabra produce efectos. Abonará más la muerte en la medida en que sea más incapaz de reconocerse responsable de sus actos y por tanto para hacer responsable de los suyos a los otros. Esto podríamos sintetizarlo en la siguiente afirmación: "No hay mejor educación que el ejemplo, aunque sea el ejemplo de un monstruo".

* *El Colombiano*. Julio 8 de 1992

** Einstein, Albert. *Mi visión del mundo*. Tusquets Ed. Barcelona. 1981

Por esto, el papel de transmisor de un saber haciendo uso de un método, merece ahora una mirada. De un lado, es importante reconocer que puede transmitir un saber haciendo uso de un método, aquel profesor que se ubica frente a una masa, y del otro, hay que tener presente que la transmisión no garantiza la recepción. Transmitir en el sentido de la pedagogía tradicional es un verbo que connota unilateralidad, que remite a dar y recibir, que se aleja demasiado de crear, construir, innovar, verbos que serían más aptos para referirse al sentido creador de una relación pedagógica.

Creador es quien asume el reto de un ideal, respeta la diferencia y se sujeta de manera autónoma a normas de convivencia. Y no se trata de que el método carezca de importancia, ni mucho menos de que no se deba transmitir. Es que poner todo el énfasis en el método, es olvidarse del sujeto. Infortunadamente los programas de capacitación para los docentes, están hechos para enseñar a diseñar estrategias metodológicas, sin que se piense que el método por sí mismo no transforma, pues necesita de un agente permanentemente renovado por una pregunta sobre sí mismo y sobre el otro, cuya respuesta generará un posicionamiento más claro frente a su vida, lo cual lo hará cada vez más capaz de construir una relación pedagógica fructífera en términos de resultados en favor de la convivencia social. En efecto, como está dicho, sólo se da lo que se tiene; por tanto, lo único que realmente se transmite, es el deseo o no de saber, y en ambos casos, se usa un método aunque se obtengan resultados antagónicos. No basta pues, con hacer uso del método; más bien diríamos, que hay que ser el método pro-vida que toda sociedad reclama para la formación de ciudadanos autónomos, siendo capaz de transmitir lo único que en síntesis se está llamado a generar, a saber: deseo de saber, pues como lo afirma Einstein: "Es el verdadero arte del maestro despertar la alegría por el trabajo y el conocimiento."

Tenemos que admitir que un método puede conducir a los senderos de la muerte, o del desmoronamiento individual y dado que lo social es una confluencia de sujetos, entonces se concluye que puede contribuir al desmoronamiento social, pero también hemos de reconocer que puede contribuir a la consolidación de sujetos capaces de crear, de trabajar, de ser felices hasta donde un hombre puede serlo y de

* Einstein, Albert. *Mi visión del mundo*. Tusquets Ed. Barcelona 1981

convivir en sociedad. En síntesis el maestro puede contribuir con la formación de hombres interiormente más libres, como uno de sus mejores aportes a la integración social ya que "Aun hombre interiormente libre, y escrupuloso, se le puede destruir, pero no se puede hacer de él ni un esclavo ni una herramienta ciega". Y qué son, sino herramientas ciegas, los niños y jóvenes que hoy actúan como autores materiales de los crímenes más violentos que se cometen en nuestra patria. En nombre de quién han segado la vida de presuntos culpables sobre quienes no les correspondía hacer justicia; han segado la vida de personas humildes y desprevenidas que de volver a tener vida serían los primeros sorprendidos por su propia muerte ¿En nombre de quién han asesinado ilustres líderes cívicos y humanistas cuyo único afán fue luchar por la vida y por la defensa de los derechos humanos?

La pulsión de muerte puesta al servicio de la muerte permite responder estas preguntas. Por ello, pensarla pedagogía vinculada a la creación, es pensar la pulsión de muerte puesta al servicio de la vida. En este sentido, retomemos a Freud: El psicoanálisisf...] puede enseñar cuan valiosas contribuciones a la formación del carácter prestan estas pulsiones asociales y perversas del niño cuando no son sometidas a la represión, sino apartadas de sus metas originarias y dirigidas a unas más valiosas, [...] Nuestras mejores virtudes se han desarrollado como formaciones reactivas y sublimaciones sobre el terreno de las peores disposiciones constitucionales. La educación debería poner un cuidado extremo en no segar estas preciosas fuentes de fuerza y limitarse a promover los procesos por los cuales esas energías pueden guiarse hacia el buen camino.

Estos son algunos elementos que dan cuenta de la ambivalencia pulsional humana vinculada a la relación pedagógica como un acto que nos responsabiliza a todos en la construcción del bienestar social, toda vez que el destino de una sociedad será el que los hombres le preparemos.

* Einstein, Albert. *Mi visión del mundo*. Tusquets Ed. Barcelona 1981

** Freud, Sigmund. *El interés del Psicoanálisis para las ciencias no psicológicas*. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1979. Tomo XIII p. 192

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD GÓMEZ, Héctor. *Manual de Tolerancia*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín. 1990.
- EINSTEIN, Albert. *Mi Visión del Mundo*. Tusquets Ed. Barcelona. 1981.
- FREUD, Sigmund. *Obras Completas*. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1979.
- KAMII, Constance. *La Autonomía como Finalidad de la Educación*. Publicación de la Secretaría de Educación del Departamento de Antioquia.
- LACAN, Jacques. *Seminario 7. La Ética del psicoanálisis*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1988.
- LACAN, Jacques. *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Barral Editores. Barcelona. 1977.
- SILVESTRE, Michel. *Mañana el Psicoanálisis*. Ediciones Manantial. Buenos Aires. 1988.